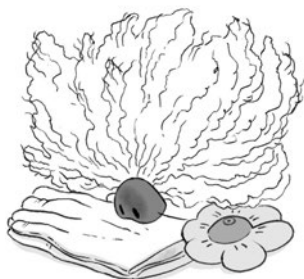


Vacaciones

Daniel
Nesquens

Dibujos de
Mai Egorza





Como si fuese algo de lo que
no pudiera hablar

Si tuviera que buscar una sola palabra para
decir cómo es papá, no sabría: tal vez, especial.
O espacial.

La nariz la tiene afilada como un anzuelo
y el mentón, muy marcado, como si fuese un
superhéroe. Superpapá.

Su sonrisa no tiene límites; tampoco su
audacia.

Ni que decir tiene que lo quiero mucho. Por cariñoso, por bueno, por amable, por dulce, por optimista, por simpático, por generoso, por gracioso... Lo de gracioso igual le viene de familia. Igual.

Cuando le pregunto por su carácter bromista, se rasca la nariz, busca con la mirada una mota de polvo, sonrío y me asegura que, sin duda, es algo heredado; que su padre, mi abuelo, trabajó en un importante circo internacional que recorrió más de medio mundo haciendo las delicias del público. De payaso, más concretamente.

Pero esto es algo que no puedo garantizar al cien por cien. Mis abuelos ya no viven y, claro, así es muy difícil saberlo. Cuando le pregunto a mamá si mi abuelo fue un payaso, se encoge de hombros, me pone una mano en la barbilla y me la levanta despacio hasta que



nuestros ojos se encuentran. Pero no abre la boca, como si fuese algo de lo que le estuviera prohibido hablar.

Papá se niega a enseñarme alguna fotografía de mi abuelo con su traje de payaso. La última vez que se lo pedí, se levantó del sillón como si alguien lo hubiera pinchado en el trasero. Olfateó el aire como los conejos y salió de la habitación con pasos rápidos. Se me disparó el pulso. Me quedé sin respiración. Expectante, pensando que, por fin, iba a conocer la verdad. Pero..., pero «mi gozo en un pozo», como dice mamá.

—Por un momento creí saber dónde estaba el álbum con las fotos del abuelo, pero no ando nada bien de memoria. Solo he encontrado esto —me contó ofreciéndome una nariz roja de payaso, redonda, de goma o látex, o lo que fuera.

–¿Y cómo es que abandonó el circo? –le pregunté.

–Conoció a tu abuela y...

–¿Y?

–Y tuvo que elegir entre el circo o ella.

–¿No podía hacer las dos cosas?

–No.

–No lo entiendo.

–Cosas de mayores. Y tú, ahora, eres solo un chico, un chico que pregunta demasiado.

–¿La abuela no trabajaba en el circo?

–Y algo cabezota por lo que veo.

–¿Sí o no?

–Tu abuela trabajaba en una fábrica de conservas muy al norte, en un pueblecito donde los acantilados son todos de serie de televisión. Una mañana, al despertarse, se encontró que habían montado un circo cerca de su casa. Y si aquello no era suficiente

sorpresa en un pueblo donde nunca pasaba apenas nada, aquella misma noche adivinó que en el circo, oculto por una capa de pintura blanca, trabajaba un muchacho muy atractivo. Un muchacho que cayó de espaldas como un saco cuando la vio sentada en la escala de su carromato. Estaba esperándolo, dándose aire con un abanico de papel, bajo la luz de la luna.



Temprano

Papá trabaja mucho. «Demasiado», asegura mamá.

Yo diría que trabaja en una oficina rodeado de teléfonos que echan humo, de ordenadores en los que le das a «intro» y aparecen en la pantalla unos gráficos saturados de líneas de colores que suben, bajan, se cruzan... Aunque igual solo es un simple repartidor de mensajería, o un mecánico especialista que

repara coches estropeados que nadie más sabe reparar. Ahora que lo pienso, no creo que sea mecánico: nunca he visto un mono por casa. Un mono prenda de vestir, quiero decir. De esos azules llenos de manchas de grasa. De los otros he visto cientos de miles. Y eso que no incluyo en la lista a unos cuantos chicos de mi clase. Ni a Enrique Morata, ni a Isaac Carcelén, ni a Marcelo...

Papá se levanta muy temprano, sin hacer ruido, como un fantasma que se pasease de puntillas por la casa, sin pretender llamar la atención.

Una mañana me puse la alarma del despertador a las cinco. Muy temprano. Quería comprobar qué cosas hace cuando sale de la cama. Si descorre la cortina, sube la persiana y mira para comprobar qué día hace; si se afeita antes o después de ducharse; si se toma

el café en dos tragos; si es cierto que nos lanza un beso desde el umbral de la puerta... Pero aquella madrugada, aquel amanecer, el despertador no sonó o, si lo hizo, no lo oí. Creo que nos dormimos los dos: el despertador y yo.

Ya nunca más me puse aquel aparato rojo con unos números enormes que casi eran dorsales de jugadores de baloncesto. Aquella misma mañana, cuando me desperté, lo metí inmediatamente en el fondo del cajón de mi mesilla de noche. Y ahí debe de seguir. Ya no lo he utilizado jamás. Ni siquiera cuando aquel día de verano nos levantamos tan temprano para irnos de vacaciones a aquel pueblo tan chulo.

—¿No nos dejamos nada? —nos preguntó papá, terminando de cerrar una de las maletas.

–Nada –contestó mi hermana, entusiasmada, sin pensárselo dos veces.

Pero lo cierto es que nos olvidamos una bolsa en la que mamá había metido la crema de protección solar y todos nuestros trajes de baño.

Así que tuvimos que comprarnos unos nuevos. Bueno, papá pasó de gastarse veinte euros. Agarró unas tijeras y recortó unos pantalones que aseguró que se le habían quedado pequeños.

–He debido de crecer algunos centímetros –dijo al descubrirse el «olvido», mordisqueándose un dedo, justificando aquel corte que iba a hacer.

–¡Cómo vas a crecer! –contestó mamá.

–Así –dijo él.

Y se puso de puntillas. En ese momento creció siete centímetros más. Luego, alzó los

brazos, juntó las manos, dobló una rodilla y dio dos vueltas sobre la punta de su pie derecho, como si fuese a interpretar *El lago de los patos*, o *de los cisnes*.

Cuatro segundos después recobró su posición natural.

—Creo que no estoy tan flexible como pensaba —se excusó.

Agarró las tijeras y comenzó a cortar las perneras del pantalón.

Si te fijabas bien en aquel improvisado traje de baño, una pernera era más larga que la otra. La derecha, creo recordar.